

CARMEN ROSENZWEIG

Para mantener asible el tesoro de vivir, escribo

*H*ace tantos años que su cuenta está borrada, Emmanuel Carballo convocó a los escritores mexicanos a expresar por escrito el por qué, el cómo y hasta en qué forma se producía su escritura. El plazo corría y hubo puntuales, despreciadores al llamado, ausentes, y hasta correteados escritores, para la conformación de la curiosa pieza solicitada por Carballo.

Es lástima que en la selva espesa de mis libros no haya aparecido hoy esa curiosidad histórica. La brizna que recuerdo es que Ernesto Mejía Sánchez de Nicaragua, hoy desaparecido, venía a México como refugiado político, y corría también a nuestro país sin resguardo alguno su novia Miriam Marengo, buscando, detrás de él, que no se lo arrebataran las mexicanas; Mejía Sánchez fue el gran ordenador de la obra enorme de don Alfonso Reyes, hazaña hecha posible por el Fondo de Cultura Económica. Él mismo, Mejía Sánchez, fue un erudito notable, prolijo siempre, y era su costumbre escribir a mano, en cualquier momento del tiempo anterior a su pulimento, sus ocurrencias históricas, su poesía, todo su quehacer literario, y cabía todo en los cartones de las camisas cotidianas suyas, venidas de la lavandería-tintorería.

Faltaron algunas plumas, por considerar tal vez de escasa importancia curricular la convocatoria hecha por Carballo. Hoy, después de un cordón interminable de años vividos, gozados y sufridos cada uno por su cuenta propia, me hallo en Metepec a Emmanuel Carballo dictando un seminario de literatura que exitosamente imparte; escucho su voz desde afuera, me asomo a su mundo de momento, y le digo: ¡hola, Carballo! Él se sorprende por la irrupción y pregunta: quién es. Me le acerco y le digo, soy yo, Rosenzweig. Voltea y me dice, no, no te reconocí, estás muy distinta. Emmanuel, soy la misma de siempre... únicamente que

se me amontonaron los años y se me echaron encima. Sí, ya estamos cambiados, repuso él, cuánto tiempo desde entonces. Concluí: no te acabo de interrumpir. Charlamos después.

Hoy y siempre, ¿por qué escribo? Probablemente por necesidad exigente de expresión íntima. Hacia fuera, soy muy inhibida, desde el primero de primaria fui así, es decir, desde que me reconozco como yo misma. Nunca reflejo nada. El problema es que todo está conmigo sin fluidez aparente. En el año 33 al que aludí antes cuando ingresé a primaria con las teresianas, una monja viejita ya, muy en otro plano, a mi ver, me dijo eres la hija de Anita Valdés, ella estuvo con nosotras. Y dime, ¿cómo está ella? Le contesté con una sequedad enorme, bien, gracias. Y me fui. En mi fuero interno iba tronando ajos y cebollas: ¡estúpida!, ¿qué no sabe que mi mamá se murió? Si no, no estaría yo aquí sin ella.

El proceso de la escritura, constituye mi carga y mis alas. Así desde siempre.

Escribir y vivir me conforman. Estoy segura que para profesar la escritura como forma estrecha de vida, deben estar ahí, alojados firmemente varios factores: los genéticos en los que, una no interviene; seguidamente la inclinación al recogimiento, a la observación incisiva aunque inaparente; la atención clara al llamado de la vocación: en nueve años de edad, "qué bonitas palabras me salieron", las quisiera anotar en mi cuaderno pero qué flojera levantarme, hace tanto frío y pararme sólo a eso, mejor mañana las apunto. Pero no, para mañana ya se me olvidaron. Y quedó así plantada mi profesión de vida. Es ingrata esta magra-financiera profesión: sedimentar, mejorar, estar alerta siempre en cualquier época de la vida personal para descargar los permanentes motivos que exigen asiento y registro en la pluma. Aunque ojo, se puede echar con fuerza, con trabajo firme, hasta con dolores, infinidad de cuartillas, ¡y no valer ninguna literariamente! Si me permiten, es algo prosaico pero muy efectiva la equidistancia que existe entre el periodo biológico de fertilidad femenina y el de producción de escritura.

Sobre todo en este tiempo de gran miseria moral, de numerosos valores chatos del consumismo que conlleva grado social, financiero y hasta de poder que tasa tajantemente la materpaternidad, ¿se pueden imaginar cuántos hijos podrían ser forjados? ¿Y cuántos millones de hojas baldías andarian por ahí flotando?

Así es la literatura, un río sin fin su corriente, y sus frutos, verdaderos frutos, genuinos, capaces de conformar, en el amplio horizonte humano, parte de nuestra vida y cultura, verdidas éstas, transformadas en literatura nacional y partiendo de ahí, si se demuestra claramente, ¿lanzarse a la mar del patrimonio de todos los pueblos?

Con el tiempo no eres más

Qué palabra tan ida
la nostalgia
sin agarrarse apenas
con el tizne moderno
de sonrisa zancona
sustentadora de nada.

Por qué se están secando
las cosas que me nutren
tan extraordinarias
¿o soy yo, la que acaba?

Podrá no ser eso por completo:
acabar es abandono,
dejar de tener contacto
con lo que más nos cala
que es la vida
y nos da tanto
sin amarras mezquinas.

Y aunque tan amplia,
pensando, no olvida
la marca igualadora
que inspira perlados y tiesuras
para amantes, asesinos
y la diminuta gente,
los grandes que palian
tinieblas en los siglos,
todos,
volviendo al salto del vacío.

San Roque 99